

La oficina de salubridad manda dibujar, bajo su propia dirección, un nuevo plano de cada ciudad, lo que ocasiona un gasto tan inútil, según Stephenson, que salta a la vista del primer aprendiz de ingeniero.

Los establecimientos oficiales no tienen por qué contar con los motivos que hacen la economía indispensable en un establecimiento privado.

Los comerciantes y las asociaciones comerciales no obtienen buenos resultados sino vendiendo a bajos precios. El que no responde a esta condición pronto es suplantado por los que la satisfacen.

Nadie puede cargar al público con los efectos de su prodigalidad; y por eso no cae nadie en ella. Cuando se necesita sacar provecho de un trabajo, no puede consagrarse el 48 por 100 del gasto total a los gastos de administración, como sucede en las obras públicas de la India; y las compañías de los ferrocarriles indios, que conocen esta verdad, se las componen para no consagrar a su administración general más de un 8 por 100 de los gastos totales.

Nunca un tendero dejará pasar en sus libros de cuentas un *item* comparable a esos 6 millones de libras esterlinas anuales que el Parlamento arranca al Tesoro para gastos imprevistos.

Visítese una fábrica, y se verá que allí el empleo de cada sueldo está regulado como por un espíritu en el cual siempre está presente una cruel alternativa: o economía o ruina.

Recórrase uno de los arsenales ingleses, y, a cada observación que a uno le sugieran las huellas visibles de despilfarros, obtendrá por respuesta la conocida frase del caló:

«Mi tío es quien paga» (1).

---

(1) Esta frase tiene en inglés el mismo sentido que la nuestra «El pueblo paga».